

ALEXIS ROMAY

DIARIO (O ESPORÁDICO) DE APUNTES\*

SÁBADO, 18 DE OCTUBRE DE 1986

¡Qué susto, tú! Ya sé que te dije que te iba a hablar con más detalle de la Previa, pero primero déjame contarte esto, ahora que todavía está fresquecito. Resulta que a principios de esta semana hicieron una auditoría en el trabajo de mi madre, pues no hace mucho se empezó a dar el caso de que algunas piezas que a la noche tenían en inventario, a la mañana brillaban por su ausencia. Y este brete empezó a raíz de que contrataran a dos especialistas y un jefe de almacén nuevos (para reemplazar a más de la mitad de la nómina del centro, que eran las papas podridas que había que sacar del saco seco). Y, como te imaginarás, querido, con esos truenos, la lluvia fue tremenda y los auditores estatales llegaron chapeando bajito: pidiendo referencias de Fulano, Mengana y Ciclanejo, lo mismo a sus recientes colegas de trabajo que apareciéndose en sus vecindarios a averiguar vidaS y milagros de cada uno de ellos, hablando con las siempre dispuestas encargadas de Vigilancia de los CDR de sus respectivas zonas. ¡Compadre, que te lo tengo que dar todo masticadito! Yo sé que tú eres de La Joya, pero no me joyas tanto ¡y tan seguido! Por esta vez, daré mi brazo a torcer, pero no te acostumbres: Comité de Defensa de la Revolución, de ahora en adelante: CDR. (Los jodedores les dicen CDS, o lo que es lo mismo: sé de ese, pero si te pregunta alguien que no se te ocurra decir que te enteraste por mí).

Ah, no te había contado: mi madre es directora de la Galería Ceiba,

---

\* Texto tomado de la novela *La apertura cubana* (Sudaquia Editores, Nueva York, 2013).

que es parte del Fondo Cubano de Bienes Culturales, y está ubicada —la galería, chico, el FCBC queda en el casco histórico— en la planta baja del hotel Habana Libre, en la esquina con más sabor de toda la capital: 23 y L. El sabor lo pone el Coppelia, nuestra catedral del helado, que está en la diagonal del hotel y en donde se pueden degustar los mejores sabores del mundo (¡pero te tienes que disparar unas colas de antología, mulato!). ¿Cómo que qué venden ahí, muñecón? ¡Te lo acabo de decir! Ah, en la Ceiba. ¡De todo! Desde unos batilongos con unos horribles petos cuadrados de cuero, pasando por los consabidos cinturones hechos con piel de caimán (que en esta isla sí come caimán), sandalias artesanales (incómodas como la madre que las parió), brujitas de tela, negritos curros en cerámica, ceniceros de terracota, tabaco virgen, tabaco procesado, vino tinto de la guerra, vino en caja de Angola, vino seco del África, vino hastiado de Miami, pintura abstracta cubana, pintura cubana abstracta (je je), escultura que no es cultura, artesanía en madera (imagínate: unas negras de ébano, unas mulatas de cedro, unas blancas de aserrín de pinotea, desnudas, con narices respingadas y unas bembas gruesas, como las que les gustan a los gordos europeos) y toda una infinidad de baratijas que los turistas compren en desenfreno para luego convencerse y convencer a los incrédulos de que sí, que estuvieron en Cuba y si no que les pregunten a esos *souvenires* que están oyendo la conversación ahí mismito en la vitrina o colgando de las paredes, o dándole una vuelta y media a la cintura y ajustándoles los pantalones.

Pues, muchacho, este miércoles se aparecieron cuatro policías en casa del jefe de almacén y se la viraron abajo. Arrasaron con la quinta y con los mangos. Todo esto a plena luz del día (bueno, de la tarde), delante de su esposa y sus dos hijos. Llegaron con unos pastores alemanes y se fueron, al cabo de las horas, con un par de cuadros de López Martínez y el susodicho (no, el pintor, no; el almacenero) esposado y en el asiento trasero de la patrulla. Lo soltaron a la mañana siguiente, después de que la esposa madrugó en la estación de policía con un vale de la galería que acreditaba la compra legal de los dos cuadros del cubano abstracto. El jefe de almacén se apareció el mismo miércoles en el trabajo, blanco como papel de cebolla y, si lo que pretendían los policías era crear un estado de pánico, déjame decirte que lo lograron con creces, porque todos, incluyendo a mi madre —que es más honrada que un pan recién cocido y que, excepto a mí, nunca le ha hecho mal a nadie—, estaban temblando como hojas al viento.

El jueves le hicieron la misma gracia a Katiuska, la especialista de artes visuales. Y la pobre mujer fue a parar a la estación y todo. Y la soltaron 16 horas más tarde cuando mi madre se apareció en la unidad de policía con

el comprobante que demostraba que la venta de esa acuarela preñada de mujeres con las tetas al aire del calenturiento de Fabelo había sido autorizada por ella (mi madre, que es la que tiene el sartén por el mango). Así que cuando nos tocaron la puerta de la casa a la una de la mañana del sábado, sí, hace menos de veinticuatro horas, y mi madre se asomó por las hendijas de la ventana del baño y vio a dos tipos uniformados, por poco le da una sirimba. Esa noche, Tatiana había ido a una fiesta en La Víbora y llamó a eso de las once y media para avisar que se quedada a dormir en casa del novio; por otra parte, a mi abuela le pueden amplificar el cañonazo de las nueve junto a la Orquesta de Música Moderna a un costado de la cama, que cuando esa mujer dice a dormir no hay dios que la despierte. Así que los únicos seres pensantes bajo nuestro techo (si acaso se piensa a esas altas horas de la noche) éramos mi madre y yo. Pero yo estaba entregada a los sublimes brazos de Morfeo, durmiendo este cansancio reciente que traigo de la Previa, y déjame decirte que en esas circunstancias no es nada agradable despertarse con una mano más fría que la pata de un muerto tapándote la boca. Abrí los ojos como quien abre un portón con las bisagras oxidadas y vi que mi madre se llevaba el índice a los labios. En un susurro me contó que había dos policías hombres tocando a la puerta y que le daba pánico abrir. Al principio yo no entendí muy bien qué hacía la policía, a esa hora y con ese recado, en la puerta de mi casa, pero como quería salir de mi madre y regresar a mi cita con la almohada, le dije que no les abriera, que si buscaban algo con nosotras tendrían que regresar en horario de oficina, que este edificio sería un solar vertical, pero nosotras sí que somos una familia decente. Y ese entra y sale de hombres en la madrugada no me daba buena espina. A todas estas los tipos seguían tocando, mi abuela roncaba y nosotras, aquí, en esta cama que te esconde, al otro extremo de la casa, susurrábamos las posibles salidas de emergencia a la situación. Ahí fue cuando mi madre me confesó que el temor de ella no era que nos fueran a violar, ni que fueran a encontrar ninguna pieza de las que faltaban en el inventario de su galería, sino el hecho de que teníamos carne en el congelador. Y entonces fue que me desperté de verdad y se me puso la piel de gallina. Porque una cosa es con violín y otra cosa es con guitarra, papito. Ay, Esporádico, qué poco sabes de la vida. ¡Claro que la carne es ilegal!

El vendedor ambulante tocó a la puerta en mitad de la tarde del viernes. Yo había acabado de llegar de pase y fui quien le abrió. Mi abuela, que no se pierde una, me siguió los pasos. El tipo se presentó diciendo que lo mandaba Raúl, del apartamento 812, y acto seguido desenrolló ante nuestros ojos un pedazo de papel cartucho que encubría un boliche, que a ojo de

buen cubero, debería rondar las quince libras, más o menos. ¡Por poco le doy un beso y un abrazo! ¿Tú sabes cuándo fue la última vez que yo vi un pedazo de carne de ese tamaño? Yo tampoco. Así que le pegamos un grito a mamá, que dijo que no podía venir porque estaba tiñéndose las canas en el baño. Y entonces usamos la clave: «La roja». La mujer supersónica se apareció en la puerta, con unos rolos y una toalla que quería esconder el mejunje que tenía armado en la cabeza. Y por poco se le salen los ojos de sus órbitas. No quiero que te vayas a pensar que ella es una amargada (que lo es), pero nunca antes la había visto tan feliz como en ese momento. La oferta del oscuro personaje (era negro, je je) incluía pargo, aguacates, un par de malangas y el dichoso pedazo de carne de res. A ti que vives del aire a lo mejor la mención de la fibra no te despierta ya no el apetito, las ganas de vivir, pero a mí, a nosotras, que ya no recordamos el sabor de un bistec encebollado, este merolico y su mercancía nos cayó como regalo del cielo. En menos de lo que te lo cuento, y con la familiaridad de quienes se conocen de toda una vida, negociaron el precio. Mi madre le dijo que se esperara en la puerta y fue a su cuarto. Mi abuela y yo nos quedamos haciéndole compañía, soñando despiertas con el manjar que nos deparaba el futuro inmediato. La enrolada regresó en breve y le pagó con unos dólares que nos había enviado mi tía de Miami hacía menos de un mes. (No le vayas a decir a nadie lo de los dólares, que si te cogen con ellos te acusan de «tenencia ilegal» y no hay quien te libre de una temporada a dieta de luz y aire, en uno de los tantos calabozos que abundan por acá). Mi madre es muy revolucionaria y se la pasa defendiendo a Fidel, criticando la bolsa negra, el despilfarro, la malversación, el robo al estado y diciendo que el socialismo es el mejor de los mundos posibles (quizá por eso es que yo sueño con imposibles), pero cuando el asunto entra por la cocina, se hace la de la vista gorda y transa como cualquier hijo de vecino, que Dios aprieta, pero no ahoga, así que le pagó a nuestro salvador y se adentró en el apartamento con una sonrisa bendita, el boliche de carne en una mano y una jaba con un par de aguacates en la otra. Y todos felices. Comimos como reinas. Mi abuela, a quien hay que rogarle para que cocine, pero cuando lo hace se acabó el mundo, tiró un arroz con frijoles, con su ensaladita de aguacate y unos plátanos maduros fritos (que mi madre había comprado legalmente en el agro esa mañana) y ese bistec de palomilla con su sofrito secreto que por poco me como el pedazo de Tatiana. Mi madre, que siempre la está defendiendo, dijo que no era justo, que había que guardárselo, que le tocaba. Y yo a decirle que yo me pasaba la semana entera en la beca y que Tatiana no respetaba mi pan diario, el que nos toca por la bodega, y ella que no se

podía comparar un filete de res con un pedazo de harina, y yo que total si quedaban todavía como diez libras de carne en el congelador, que yo no vería pasar durante la semana y que a mi regreso ya no las vería ni en pintura y así es, querido, cómo una cena familiar puede convertirse en un infierno en esta casa, en este país, porque siempre nos estamos fajando por la comida. ¡Pero por lo menos nos fajamos con la barriga llena! Que eso te da fuerza y argumentos y hasta ganas de discutir.

Regreso a los visitantes de la madrugada. (Eso suena a novelita de *Radio Progreso, la onda de la alegría*). Los agentes del orden (¡del desorden en este caso!) seguían tocando a la puerta con esa fuerza más que se extendía sobre los pueblos de Nuestra América y mi pobre madre, ay, siguió temblando. Y yo, firme en mis trece. Le dije que no. Que de ninguna manera podíamos abrirles. En última instancia, se me ocurrió que si no quedaba otro remedio, podíamos meter la carne dentro de una bolsa, amarrar el asa a una soga y dejarla que colgara de la ventana que daba al cajón de aire, ese cajón de aire que nos había revelado las intimidades que gritaban a pleno pulmón nuestros vecinos y que, en recompensa, les mostraba a ellos también nuestras vísceras, pero mi madre se opuso porque en el cajón hay ratas, cucarachas y demás mascotas domésticas que se podían comer o manosear el cabrón boliche, y yo le contesté que para manosearlo harían falta manos para hacer un sueño y ella que si podía controlar mis jueguitos de palabras que la situación era de cuidado y no teníamos tiempo para chistecitos, entonces, el timbre volvió a sonar sin intermitencias y mi madre dejó escapar otra lágrima y ya resignada dijo lo impensable: que había que tirar la carne por el balcón (hacia la calle) o por el cajón de aire (hacia las entrañas del edificio) y yo, que no soy magdalena, solté un suspiro y empecé a lloriquear a moco tendido. No sé qué instinto maternal se le despertó, pero, dadas las circunstancias le acepté el abrazo, que duró más de lo que recomiendan los terapeutas. Salimos de mi cuarto juntas, creo que hasta tomadas de la mano, rumbo a la cocina (que está pegadita a la puerta de la calle), decididas a no ir a parar a la cárcel por un filete de res. Abrimos la puerta del refrigerador con la misma determinación con que los gladiadores saltaban a la arena, tomamos el pedazo de papel cartucho que envolvía la evidencia de nuestro pecado original y, dispuestas a deshacernos de él, notamos que el timbre había dejado de sonar. Nos miramos estupefactas. En lugar de detenernos en el cajón de aire, con la pesada carga que, de ser descubierta, nos condenaría a entre ocho y quince años tras las rejas, seguimos hasta el baño y entreabrimos una mierdínísima las persianas. ¡Los policías no estaban frente a la puerta! Nos quedamos pegadas a la ventana, vigilando,

no sé ni cuánto tiempo. Mi madre, la socialista empedernida, empezó a murmurar un Padre Nuestro. Yo me puse a cantar bien bajito: «Hipocresía, morir de sed, habiendo tanta agua». Rayos y centellas descendieron sobre mí desde sus ojos ateos. Pero ya dije que yo no creo ni en mi madre, así que no le hice caso y se le pasó.

Y hablando de pasar: pasó el tiempo y pasó un águila por el mar y a las seis de la mañana, salí del apartamento con aquella *matrioshka* que era el boliche de carne que iba dentro de una jaba que iba dentro de otra jaba que iba dentro de otra jaba (para que no goteara la sangre) que iba dentro de mi mochila. Toqué en casa de Marta, también conocida a los cuatro vientos como Marta María, que vive en el piso de abajo, apartamento 707, y es mi tía del alma, la que me crió el par de años que mi madre estuvo en Angola. (Sí, mi abuela cocinaba y me planchaba el uniforme y los vestiditos de domingo, pero la que me llevaba y traía a la escuela, la que me enseñó a jugar ajedrez, a lavarme las manos, a abrocharme los cordones y a comer con cubiertos fue mi tía Marta, que ahí mismo se ganó el parentesco. Pero lo de la aventura africana te lo cuento luego. Ahora: ¡a la carne!). Mi tía me recibió toda despeinada. Se lo dije y me felicitó por mi perspicacia y tremendo tino en el campo de la peluquería matutina, pero que quién se había muerto a esa hora de la mañana, porque más me valía que hubiera un entierro de por medio para que me perdonara haberla despertado en su jornada de descanso (que cuando hablamos de dormir ella es adventista del séptimo día). Una vaca, le dije. ¿Cómo? Una vaca, tía, despábilate. Un cuadrúpedo, mamífero, del orden de los rumiantes. Y le estamos preparando el velorio. Y, para certificarlo, tengo un pedazo de ella dentro de mi mochila. Me dio un jalón y cerró la puerta tras de mí. ¿Muchacha, tú estás loca? ¿Tú no sabes que aquí las paredes tienen oídos y los clavos sentidos y que de cualquier malla sale un ratón, oye? Y yo que sí, que por eso mismo habíamos decidido que era ella quien tenía que guardar la carne, que es débil. Y le hice el cuento de los policías y del tremendo susto que pasamos durante la madrugada. Y de las ojeras que no habrá maquillaje que haga desaparecer de la cara de mi madre. Y le dije que no tuvimos corazón para botar (con b larga) la carne (que eso es pecado), y que habíamos decidido unánimemente (y sin consultárselo, pero que no se podía negar) que hoy mismo almorzaríamos, merendaríamos y cenaríamos las dos familias de tal manera que nos iba a dar un *shock* proteico. Así que mejor que pusiera la carne a adobar y les avisara a sus hijas que las tres comidas de este sábado glorioso las tenían que hacer hoy en casa, que nos íbamos a dar banquete las siete mujeres. Y que sí, que desde ya me podía llamar mujer, que yo sería la menor de todas,

pero que si era mujer suficiente como para cargar a esa hora con la carne de contrabando y pasarla delante de las narices de la policía y entregársela con instrucciones de que la preparara para hoy y todo esto sin que me temblara el pulso, mientras mi madre se quedaba en su cuarto rezándole un Padre Nuestro a Lenin, entonces era mujer suficiente como para que me llamaran mujer y no me jodieran más con lo de que si todavía tengo carita de niña. Ahí fue cuando a mi tía se le aguaron los ojos. (Estas mujeres cubanas). Me dio un beso y, a modo de despedida, me dijo: «¡Vaya la niña divina!».

Regresé a casa con la satisfacción del deber cumplido (je je) y me metí en la cama. Dice mi madre que ella sí que no pudo pegar un ojo durante el resto de la mañana, previendo que de un momento a otro se le apareciera la policía a comérsela a preguntas, pero yo me estaba cayendo rendida, así que me desconecté del mundo. Me despertó al mediodía. Me dijo que me acotajara que hoy íbamos a almorzar temprano. Rumbo al baño, para lavarme la cara y acicalarme un poco, vi que la odiosa de Tatiana estaba en su cuarto, emperifollándose para ir a comerse un bistec en casa de las vecinas. A esos niveles hemos llegado.

Verdad que cuando mi tía dice a cocinar, se acabó el dinero, Esporádico. No te voy a describir el menú por temor a que me acuses de diversionismo ideológico, pero imagínate que todo lo que te cuente es poco. El atracón fue tal que salí de su casa con un dolor en la boca del estómago que daban ganas de salir corriendo para el hospital y, de contra, con un pan con bistec de merienda para la tarde. Ay, lo que es no haber visto pasar la carne en tanto tiempo y tener que enfrentarme a ella, primero, anoche, luego, hoy, en tres tandas. ¡Claro que me tiene que dar empacho! No digo yo.

La cena fue igual de deliciosa, pero con garbanzos en lugar del consabido potaje de frijoles negros y unos tostones con ese aliño más propio de la yuca con mojo y un flan de leche (la leche la consiguió mi tía) que alabado sea Dios. Como somos melodramáticas por naturaleza, no podía faltar el sobresalto en mitad de la cena. Cuando iba por el segundo plato, en medio del entusiasmo de la masa por la masa, con la boca embutida de carne, quién si no la Tatiana para estropear lo ideal del momento. Estábamos hablando todas a la vez (que, para que lo sepas, es la forma de comunicación preferida en esta isla), cuando, de repente, Tati se quedó callada. Y le salió un hilo de sangre de una de las fosas nasales. ¡Qué mal rato, tú! Por suerte, mi tía Marta es doctora y sabía cómo lidiar con el fenómeno. La hizo levantarse de la mesa, mirando hacia arriba —mientras mi prima Ariadna iba a la cocina a buscar un trapo cualquiera con el que contener la hemorragia—, y luego la sentó en el sofá, con la cabeza recostada a un cojín, de

cara al techo, mientras le preguntaba si sentía mareo y otro mar de cosas que ya olvidé. Hablando de mar, la sangre no llegó al río. Y al cabo de unos minutos ya estábamos de vuelta a la mesa. Exceso de glóbulos rojos, dictaminó la galena. (El *shock* proteico que anuncié en la mañana. ¡Dime si no soy pitonisa!). Cuando regresamos a comer, el bistec se había enfriado y los tostones estaban más tiesos que el cartón tabla, pero qué se le va a hacer a un clavel que se deshoja, ¿dárselo a una vieja coja para que juegue con él? Terminamos de comer por inercia y luego pusimos en la videocasetera de tía, una película que estaba buenísima: *Vestida para matar*. Y así mismo estaba yo —contrastando todo el tiempo con la pizpireta de mi hermana—; si alguien que no fuera de la familia me hubiera visto con los trapos que llevaba encima, se habría muerto en el acto de la pena.

Creo que el mismo exceso de proteína que hizo sangrar a mi hermana es lo que me ha mantenido despierta toda la noche. Abuela subió a casa después de la última cucharada de flan, que a ella le gusta coger cama temprano. Mi madre y Tatiana se quedaron con tía y mis primas, para ver otra peli (todavía no han regresado), pero yo me despedí y vine a ver si aprovechaba y te ponía al día ahora que nadie me molesta. No olvido que te debo los horrores de la Previa, más esta primera quincena de vida en la escuela. Pero no te preocupes, cariño, que la semana entrante te contaré más. ¿Qué por qué tienes que esperar tanto? Pues porque mañana domingo iré a la Playita de 16, con el pan con bistec (que no me pude comer hoy) y me encontraré con un grupo de camilitos, que quedamos en vernos en la esquina de Tercera y 12 a eso de las nueve. (Ay, qué obsesión con los números en esta puta ciudad donde todo se incendia y se va. No es mío, bobo, es de Fito). Regresaré ya en la tarde con el tiempo justo para darme una ducha, ponerme el uniforme verde que te quiero verde, preparar la mochila, salir para la beca y presentarme al pase de lista que hace el oficial de guardia a las 2100 horas. Y después de eso, al albergue, a ver si recupero algo del sueño perdido este fin de semana. Y el resto, coser y cantar. O, lo que es lo mismo: dedicarme a malgastar otros ridículos seis días con sus cinco ridículas noches, marchando a todas partes, formando y rompiendo filas, llevándome la mano a la sien para ejecutar el saludo militar siempre que un superior me pase por al lado. Puedes notar que casi no ha comenzado el curso como quien dice y ya estoy perdidamente enamorada de mi escuelita, mi escuelita es más bonita, porque está muy cuidadita, cuidadita. Uff, no hago más que pensar en ella y me cae una pereza que mejor ni te la describo. Ahora debo dormir. No hagas nada malo en mi ausencia, Esporádico. Pero si lo vas a hacer, ¡avísame!